

ECO DEL SEGURO

AÑO VIII.

CIEZA 31 MARZO DE 1912.

NÚM. 356.

DE ACTUALIDAD

La manifestación que tuvo lugar el lunes de la semana que transcurre, fué de tan indefinidos caracteres en sus formas externas, como desposeída de fin práctico en su fondo. La mayor parte de los insipientes obreros que la componían, estaban sin saber para qué fueron llamados, así como tampoco lo que iban á pedir, ni á quien, ni ante quienesse habían de presentar.

Seres desgraciados, desconocedores de lo que sean razón, ley, justicia y demás cimientos en los cuales descansan el bienestar de las sociedades y la felicidad de los pueblos, incitan á masas indoctas á solicitar unos derechos, que no tienen, en forma que no deben, y por procedimientos que no pueden emplear, azuzando á los ánimos pacíficos á luchar con bélicos ardores; sacando de sus quehaceres honrados y dignos á personas humildes y respetuosas y buscando con los efectos escénicos del número, el asegurar una colocación, que se les subvencione con una peseta diaria, ó, cuando menos, que se les tape la boca con un barril de vino.

Estos seres, sobre los que deben caer los dictarios más sangrientos, son los que una vez que consiguieron levantar los ánimos, y provocar el escándalo; cuando vieron que las autoridades trataron de repeler la agresión por la fuerza; con la fuerza sin agresión; cuando vieron que los encargados de velar por el orden trataron de asegurarlo; cuando vieron que el tricornio y el mauser cruzó las calles, impidiendo el grito subversivo, la manifestación tumultuosa, el arrollar los derechos sagrados del comercio tranquilo y de los sosegados y más tranquilos habitantes de las ciudades, esos seres, son los primeros que abandonan el campo, son los primeros que huyen cual gacelas; son los primeros que piden perdón cobardemente; y así obran, porque ni en la boca de los fusiles, ni en las lóbregas celdas de la cárcel; ni en los fólidos de un proceso, están la colocación ó las pe-

setas de que antes habláramos; aparte, que no saben lo que defienden ni porque lo defienden, ni tienen noción de la idea del bien general por el bien mismo, ni saben lo que es luchar noblemente por la felicidad ajena, haciendo abstracción del egoísmo personal y propio.

Nosotros no somos dudosos cuando así damos á los vientos de la publicidad nuestro noble sentir. Nosotros somos más partidarios que esos eruditos á la violeta y que esos salvadores de la sociedad, hechos al uso propio, de que el pueblo sacuda el yugo ominoso y denigrante del feudalismo; nosotros somos defensores de los derechos del pueblo, desde el primer día que viéramos la luz; nosotros en nuestra larga vida, no hemos dejado de pedir pan para el obrero necesitado; mejoras para nuestra hermosa Villa; respeto general de todos para todos; prudencia y humildad en los de abajo; caridad y amor en los de arriba. Y, hoy, cuando vemos que porque unos cuantos desalmados, irresponsables aconsejaron la sublevación y el desorden á los que no vieron las consecuencias ulteriores de sus manifestaciones tumultuosas; hoy, cuando vemos á los aconsejados, ciegos, caminar aceleradamente á su ruina no podemos menos que protestar con energía, y gritar á los incautos que dan la cara: ¡Infelices, venid acá y oid! Esos que á vosotros os aconsejaron que os alceis en contra de los que mal ó bien os gobiernan esos, á la vez que tal hacen, en la sombra, piden mercedes para ellos, á cambio de abandonaros á la indefensión, y de poner en antecedentes de cuanto ellos os mandaron tramar, á aquellos que censuraran en vuestra presencia, y que, á vuestra espalda adulan y lisonjean.

No decimos ni jamás pensaremos deciros, que si os veis perseguidos, honrados obreros, que si os veis ultrajados, y escarnecidos vuestros derechos, que os cruceis de brazos y esperéis á que llegue á vosotros la justicia sin llamarla; no os decimos, que si los que están llamados á auxiliaros, cuando les demandais misericordia, si no lo hacen que lloréis en silencio vuestro abandono; no os aconsejamos que cuando re-

clameis lo vuestro al que está en el deber de dároslo, que os resignéis á no volvérselo á pedir hasta que él os lo quiera dar; no, pero si os diremos que la Ley es una é igual para todos, cuando se ejercita el derecho dentro de los legales trámites; si aseguramos que cuando un pobre reclama á un poderoso lo que éste ha de entregarle, si lo pide en forma, recogerá lo pedido; si así no lo pide, desconfíe de obtenerlo; porque la sana razón, fundamento de la Ley y base en la que la justicia levanta su palacio, rechaza el procedimiento de la violencia y del escándalo, así como se desapruueba en el trato social el empleo de la fuerza bruta y el insulto inmoderado para impedir que siga reclamándonos aquel con quien tenemos deudas.

¿Cuándo abrirán los ojos los obreros? ¿Cuándo dejarán de ser explotados por esos vividores sin conciencia que ayer vistieron blusas y alpargatas, y hoy, á fuerza de embaucar á los desheredados de la fortuna, visten levita y gastan automóvil, y tienen mesas repletas de opíparos manjares y lechos mullidos, y fuman habanos de dos pesetas uno, mientras que los *defendidos* por esos entes sin conciencia, se mueren de hambre, se hielan de frío por no tener ropas con que cubrir sus carnes, y caminan con el pié desnudo sobre los hielos?

Obreros, contemplad friamente á esos seres indoctos; ved que más que por vuestro bienestar luchan por el suyo propio; descubridles *el juego*, y arrancándoles la careta del rostro, hundidlos, para siempre en el desprecio. Si tal no hacéis, recogeréis el fruto en su día.

RAMÓN M.^a CAPDEVILA.

A LA SEÑORITA Carmen García Ballesta

Como la amada del pintor de Urbino,
de negros ojos y morena cara,
en la que se reflejan los ensueños
vehementes de su alma,

La niña bella de los labios rojos,
rojos como lo grana,
hermoso nido de brillantes perlas
con reflejos de nacar;

La de la crencha negra, cual la noche,

que en su tranquila frente se levanta,
rizada con cariño por los vientos,
besada por las auras:

La de talle gentil, esbelto, altivo,
cual del desierto la gallarda palma
que el huracán su tallo nunca tuerce,
ni las aronas su penacho manchán.

Así es la niña que al pisar el suelo
de mi querida patria,
en cada huella de su pié pequeño
brota una rosa blanca.

Por eso al verla el trovador ciecano
que hace tiempo no canta,
otra vez saca del ricón oscuro
la vieja guala que tenía olvidada

DOMINGO GARCÍA MARÍN

¡JERUSALÉN!

Para el docto y brillante escritor, D. Alfonso Clemente Egea.

Yo he soñado. Yo he soñado y en mi ensueño he recorrido Tierra Santa; he vagado por Jerusalén, he visto el pueblo que crucificó al Mesías, he educado mi espíritu y he reverdecido mis recuerdos con la historia eterna, con la historia de la piedra, de las murallas que hablan, que dicen mucho del templo augusto de Salomón, guardador, tumba imperecedera de reliquias tan sagradas como el Arca de la Alianza, el candelabro de oro de los siete brazos, la mesa de los panes y el mar de bronce. Templo que ha sufrido las iras implacables de los Reyes de Jerusalén, que atentaban contra él, sin considerar que cada piedra evocaba un recuerdo, cada recuerdo un relato, cada relato una historia y cada historia una época, algunos siglos. Nabucodonosor en el año 587 mandó incendiar el templo. Ciro autorizó á los judíos para reedificarlo, operación que terminó el año 385, Antioco Epifanio y Herodes, ambos, pusieron sus manos en el templo; el primero para destruirlo y el segundo para reedificarlo con gran magnificencia. He visto las torres de David, Hipicus, Fasael. Mi espíritu ha volado por la Iglesia del Santo Sepulcro, por los cuatro grandes conventos, semejantes á fortalezas: el de San Salvador, el Armenio el Griego y el Sirio. También en las vertiginosas alas de la quimera, de la ilusión, del ensueño, he admirado los lugares que han hecho célebres el antiguo y nuevo Testamento: la tumba de David, el Cenáculo, en la montaña de Sión, las canteras ó grutas de Herencia en la Polonia de Becot, las tumbas de los Reyes próximas á la puerta de Damasco, el monte de los olivos y el valle de Josatát.

Después de admirarlo, de contemplarlo, de vivir en todo aquello, refle-

